

EL VIEJO MARX VUELVE

José Carlos Ballón

Empezaré confesando que toda mi vida he sido enemigo de las “Introducciones” al marxismo, o a lo que fuere. No sé si es por deformación profesional, pero siempre me ha parecido un procedimiento pedagógicamente malo, porque crea en el estudiante o en el lector la ilusión de que sabe algo que en verdad ignora, o que es sencillo un asunto realmente complejo. Es como revelar la solución de un teorema matemático a alguien que desconoce el problema que lo originó.

I
Habla el viejo me ha hecho cambiar de opinión al respecto, porque nos introduce de una manera irreverente al problema o, mejor dicho, a los innumerables problemas que rodean el asunto. En lo que a

tomadura de pelo. Se me vino a la mente el título de otro libro de Tovar (1991): *Carlín es una rata*. Tuve la sensación de que cualquier reflexión o comentario más o menos solemne que yo hiciera sólo originaría como respuesta una estruendosa

único que me detuvo es que no podía entender cómo alguien tan serio como Nelson Manrique se había prestado a esto en el prólogo, sin advertir ni pío lo que se venía.

Sin embargo, a medida que fui avanzando la lectu-

“Pero si alguien duda de la veracidad del espíritu traído al diálogo en este relato, debido a la inmaterialidad a que está condenado todo fantasma, la exacta y aguda selección y reproducción de textos de Marx no permite titubeo alguno sobre la veracidad de que la voz que se escucha es la voz del viejo (mi querido viejo)”.

mi reducido ámbito de influencia se refiere, voy a recomendar con particular placer la lectura del libro de Carlín a los sufridos alumnos de mi habitual seminario de filosofía del siglo XIX, que desde hace años dicto en la Escuela de Filosofía de San Marcos y a los grupos de estudiantes contestatarios que con alguna frecuencia se acercan a pedirme bibliografía acerca del viejo Marx. En pocas palabras, creo que es una deliciosa introducción.

Advertiré, sin embargo que cuando inicié -muy serio- la lectura del libro, pensé que se trataba de una

carcajada de sus lectores, completamente ajena a toda pretensión de debate académico “alturado”.

¿A quién se le puede ocurrir iniciar un diálogo con el pensamiento de Marx en una sesión de espiritismo? ¿Quién puede confundir el “fantasma del comunismo” del que habla el *Manifiesto*, o el “espectro de Marx” del que habla Derridá, con el fantasma de Marx que es presentado a Carlín por una sensual psíquica criolla? Estuve a punto de interrumpir abruptamente la lectura y excusarme de toda participación en esta tramoya carlinesca. Lo

ra del libro, se me fue haciendo claro que en realidad no es posible ningún diálogo si previamente no desmitificamos los discursos -o para decirlo con Derridá- si no les extirpamos con irreverencia la “metafísica de la presencia” que los rodea. Cuando no se hace esto, cuando se pierde la voz del emisor individual, cualquier discurso se convierte en un “texto sagrado”, adquiere un carácter impersonal que desautoriza a cualquier interlocutor. Comenzamos a hablar con dioses y no con individuos, y los dioses o héroes — mitad hombre, mitad dioses—

son incriticables. Es así como un relato cualquiera deviene en “doctrina”. Convertir a Marx en doctrina impersonal y suprahistórica fue posiblemente una de las más grandes tragedias del marxismo como discurso.

Los discursos adquieren entonces un valor independiente de los contextos históricos. Así, el materialismo histórico se convirtió en “filosofía de la historia” y, como dijo el propio Marx, esto es hacerle “demasiado honor o demasiado escarnio”. Peor aún, cuando los textos se vuelven sagrados y, por tanto, indiscutibles, aparecen alrededor de ellos infinidad de parásitos que se autoproclaman guachimanes del fantasma: escribas, obispos, cardenales, inquisidores, señores feudales de algún territorio particular, etcétera. Ellos se encargarán de evitar cualquier amenaza al dogma, mejor dicho a su propio poder, a la nueva jerarquía aristocrática del saber sagrado que ellos mismos han construido.

Carlín ha ido mucho más allá de los fantasmas genéricos del *Manifiesto* y de Derridá -en los que Marx existe como un mero discurso- y ha convertido al viejo, de una manera profundamente materialista, en un fantasma individual, con el que una vez desmitificado se puede discutir de igual a igual. Más aún, como todo individuo, Marx es colocado en un contexto determinado. Gracias a la labor de la psíquica amiga de Carlín, el viejo ha sido traído al contexto contemporáneo, con el cual es confrontado y se le pide que opine, reservándose Carlín su derecho individual a réplica. Aquí nadie habla a nombre de nadie sino todos hablan por sí mismos.

II

Pero si alguien duda de la veracidad del espíritu traído al diálogo en este relato, debido a la inmaterialidad a que está condenado todo fantasma, la exacta y aguda selección y reproducción de textos de Marx no permite titubeo alguno sobre la veracidad de que la voz que se escucha es la voz

del viejo (mi querido viejo).

Los primeros en ser desmitificados por esta voz son los escribas, obispos, inquisidores y señores feudales instalados en su territorio y autoproclamados como sus herederos indiscutibles. Las voces de estas aristocracias autoritarias afincadas en los regímenes antidemocráticos que emergieron en el mundo luego de la revolución rusa, resultan completamente disonantes con la voz del viejo. No hay lugar a confusión: “No se puede hablar de Estado comunista”. Tal engendro es lo opuesto a una “asociación libre de productores” de la que hablaba Marx. No existe ninguna relación de consanguinidad o siquiera un “aire de familia” entre una burocracia estatal y el comunismo. Más aún: el discurso marxista (socialista, comunista o anarquista) está mil veces más cerca del antiestatismo liberal clásico de un Adam Smith (no me refiero, por supuesto, a la caricatura neoliberal actual) que de los regímenes despóticos de tipo estalinista que afirmaron ser sus herederos al mismo tiempo que sacralizaban de manera premoderna el poder estatal.

Carlín concluye que la oposición “socialista moderna” al capitalismo es totalmente contraria a la oposición populista premoderna al capitalismo. El objetivo del socialismo moderno es la extinción del Estado mediante el fortalecimiento y extensión de su opuesto, la sociedad civil (la esfera de los individuos productores o trabajadores) y la disolución de “toda propiedad” de los medios de producción para favorecer a los productores. El objetivo inversamente proporcional del segundo, es el fortalecimiento y expansión del Estado a costa de la sociedad civil y el regreso de la propiedad burguesa individual a las formas premodernas de la propiedad estatal colectiva o comunal de las sociedades rurales anteriores al capitalismo. La oposición de este “socialismo” al capitalismo, es lo que Marx y Engels calificaron desde el

Manifiesto Comunista como “socialismos reaccionarios”. ¡Golazo de Carlín!

Estos socialismos reaccionarios se basan en aplastar todo proceso de individuación social, mientras que el socialismo moderno (Marx *dixit*) basa su perspectiva en el libre desarrollo de las individualidades como principal fuerza productiva. La “coincidencia” entre uno y otro socialismo es análoga a la idea de que dos locomotoras que transitan por la misma vía en sentido contrario -se dice- “coinciden” en un punto. *Mutatis mutandi*, es una confusión de la misma naturaleza que la que se opera en el bando contrario capitalista cuando algunos identifican liberalismo y mercantilismo.

Algo análogo sucede con el actual proceso de globalización y las resistencias nacionalistas que unen a mercantilistas y socialistas reaccionarios contra liberales y socialistas modernos. Pero, entonces, se preguntará el atónito lector, ¿cuál es la diferencia entre liberalismo y comunismo?

La disputa reside en la identificación del sujeto histórico gestor del progreso futuro. Los socialistas modernos apuntan a la expansión y consolidación de la hegemonía del trabajador, mientras que los liberales lo hacen a la hegemonía del capitalista. Tal es el contexto de la lucha de clases moderna.

III

Socialistas reaccionarios, mercantilistas, populistas y nacionalistas son así sucesivamente expropiados por Carlín de la propiedad total o parcial del discurso de Marx (y de Adam Smith respectivamente). Y también son expropiados sus mentores teóricos: sociólogos de la dependencia y teólogos de la liberación. Los primeros, por atribuir el atraso y subdesarrollo a la expansión capitalista en general y no a las formas premodernas (feudales o semif feudales) que al impedir el desarrollo del capital frenan la expansión del proletariado moderno y estimulan el crecimiento de formas serviles o de plebe romana

totalmente dependientes del poder. Y los segundos, por suplantarse al sujeto por excelencia del socialismo moderno -el trabajador libre- con los “pobres del evangelio”, deviniendo en una mitificación romántica del atraso y la pobreza que origina la dependencia del productor con respecto al poder político, distorsionando por completo el discurso crítico del socialismo moderno al capitalismo. Así, con buen humor y serenidad, Carlín no deja títere con cabeza en esta comedia de equivocaciones.

A partir de esta entrada -que forma la mayor parte de su libro- Carlín no sugiere un “revival” del viejo discurso marxista -que siempre tiene un sabor canónico que apesta a dogma religioso-, sino continuar un nuevo estudio de las transformaciones y las nuevas contradicciones, sujetos e institucionalidades que han originado los recientes cambios del capitalismo mundial en la esfera de las relaciones técnicas y sociales de la producción. Todo ello es, por supuesto,

discutible y personalmente no suscribiría muchas de sus propuestas. Pero en eso consiste, en mi modesta opinión, el debate futuro. El problema ahora es abrir ese debate en términos nuevos, y ciertamente Carlín es parte de aquellos socialistas modernos que desde distintas opiniones estamos por tal renovación del discurso y la praxis del socialismo.

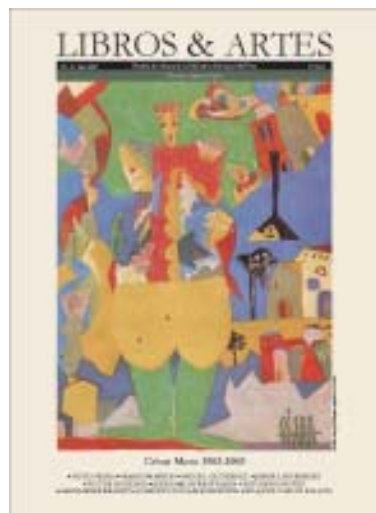
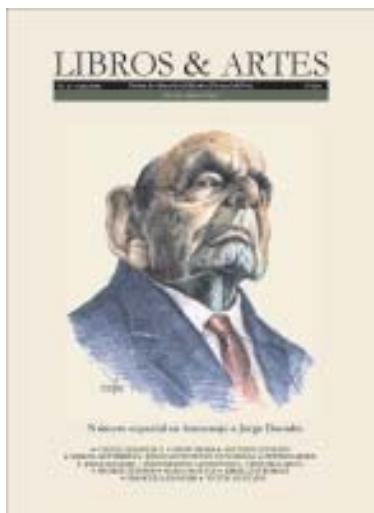
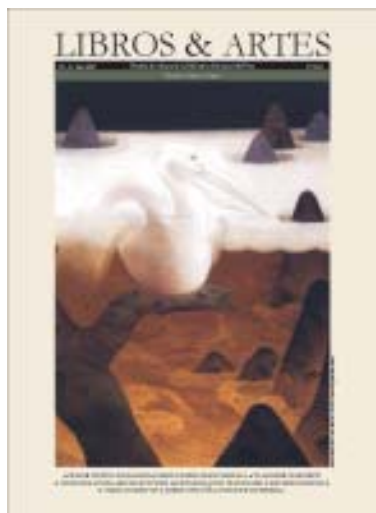
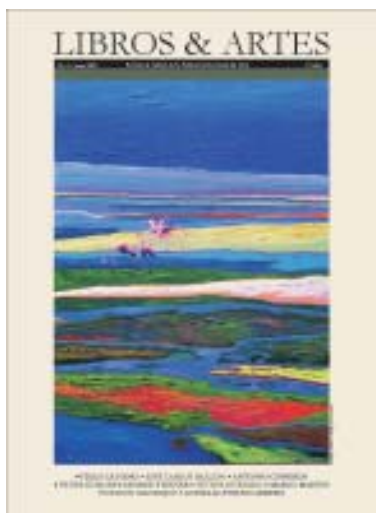
IV

Tengo entendido que el día que se presentó el libro de Carlín estuvieron en la mesa Nelson Manrique y Eduardo Cáceres. Estoy seguro de que ellos coincidirán conmigo en algunos de los puntos que he señalado y discreparán en otros, aunque con mayor alcance y finura que yo, ¡qué duda cabe! Digo esto porque conozco muchas de sus investigaciones, que en algún sentido comparten con el texto de Carlín. Aún recuerdo cuando a fines de 1996, en medio de la noche fujimorista, convocamos en Sur Casa de Estudios del Socialismo a un seminario

que duró casi año y medio, en el cual debatimos largamente con una serie de intelectuales peruanos y algunos extranjeros las diversas entradas para una renovación teórica de la crítica socialista al orden existente. En 1999 este seminario fue convertido en un libro titulado *La crítica del capitalismo hoy*, por nuestra inolvidable amiga Maruja Martínez. Ello dio igualmente lugar a numerosos libros como el de Nelson Manrique sobre la sociedad virtual, el de Óscar Ugarteche sobre la arqueología de la modernidad, el de Alberto Graña sobre la metamorfosis de la economía y a muchísimos ensayos de otros amigos que posiblemente constituirán la prehistoria del debate futuro.

¡Ojalá el libro de Carlín sea el inicio de ese futuro! Estoy seguro de que un libro tan inteligentemente provocador sacará más de una roncha en nuestro adormecido ambiente intelectual. ■

Números atrazados LIBROS & ARTES



Ficha de inscripción

Nombre:

Dirección:

Teléfono: Email:

Ocupación:

Me suscribo desde el N° al N°

Costo de suscripción 50 nuevos soles por seis números. Av. Abancay Cdra. 4 s/n, Lima - telefono 4287690 - Fax 4277331 -